

Discurso del Rector Enrique Battaner con ocasión del Homenaje a Jesús García-Bernalt, celebrado en el Colegio del Arzobispo el 28 de Mayo de 2004.

He tenido ocasión últimamente de asistir a homenajes con que los discípulos honran al maestro. Tal es el caso del homenaje al Prof. Palomeque con ocasión de los veinticinco años de su cátedra o a la Prof^a Begué en una sesión científica en su honor celebrada esta misma mañana. En ambos casos, en mi intervención, afirmé la alegría del Rector de la Universidad ante tal tipo de actos, en los que los discípulos honran al maestro. Por supuesto, podría yo hacer lo mismo con Jesús García-Bernalt, y así lo hago con muchísimo gusto. Pero en el caso de Jesús García-Bernalt se añaden a estos sentimientos, sentidos pero algo impersonales, muchas vivencias personales que no me resisto a relatarles.

Los que son un poco mayores recordarán que mi padre tenía en la calle Toro (entonces, Generalísimo Franco) una tienda de material eléctrico que luego fue evolucionando hacia el electrodoméstico. En el curso de esta evolución, mi padre supo introducir en Salamanca lo que llegaría a ser un mercado importantísimo: el disco microsuro, que curiosamente viene a ser contemporáneo, en España, del VII Centenario de nuestra Universidad. Precisamente, uno de los primeros discos microsuro editados en España fue la “Música para un Códice Salmantino” de Joaquín Rodrigo, encargado por el Rector Tovar para la magna ocasión. Pues bien: yo me crié entre música, y desde mi más tierna infancia he vivido la música de los grandes maestros, eso que nos empeñamos en llamar música clásica y que en verdad deberíamos llamar música eterna. Pronto mi afición llamó la atención de mis padres, y creyeron, en su ingenuidad, que el niño podría llegar a ser músico y a mis ocho añitos me matricularon en el Conservatorio donde tuve la suerte de caer en clase con el inolvidable don Bernardo García Bernalt.

Por cierto: hoy, con toda justicia, homenajeamos a Jesús. Algún día tendremos que hacerlo con don Bernardo. Don Bernardo era un pedazo de pan con aparentes malas pulgas y un músico de una pieza. Y ruego a quienes me estáis escuchando que comprendáis la vida de un niño, en aquellos años, yendo a clase de Solfeo (la música era una carrera ardua, en verdad) al salir del colegio todas las mañanas. Salíamos del colegio a la una y a esa misma hora comenzaba la clase de Solfeo en el Conservatorio, ubicado entonces en la plaza de San Boal. Considerábase la música en aquel entonces una ocupación propia de niñas, y tanto yo como un compañero mío de entonces y de ahora, el Prof. Miguel Ángel Rodilla, catedrático de Filosofía del Derecho en nuestro Estudio, éramos objeto de intensa befa y escarnio por parte de nuestros respectivos compañeros, para quienes la actividad viril por excelencia al salir de clase no era otra que jugar al balompié. Eso hacían; y yo, con el método de la Unión Musical Española bajo el brazo, forrado en papel azul, me dirigía al Conservatorio a tratar de entender cosas como la clave de Fa en 3^a, la cuarta mayor o tritono, o algo para mí incomprendible entonces y ahora, como es el transporte o transposición. Qué paciencia la de don Bernardo, o la de don Jesús, que desde entonces entró también en escena en mi peculiar relación con la música.

He de decir, sin embargo, que según se acercaba la fiesta de Santa Cecilia, a primeros de Diciembre, don Bernardo y don Jesús hacían con nosotros un coro de voces blancas que llegaba incluso a sonar bien – al menos así me lo parecía – y de esa forma, mi

primera actuación en público tuvo lugar en el Aula Salinas de la Universidad formando parte del coro de niños (y sobre todo, niñas; una de las cuales, por cierto, es hoy mi esposa) alumnas del Conservatorio. Entré por primera vez en la Universidad de la cual hoy soy rector formando parte del coro del Conservatorio dirigido por don Bernardo o don Jesús, indistintamente, un día de Santa Cecilia. No diré el año.

Con el tiempo, el paciente don Jesús se estrelló conmigo al llegar a los cursos de piano. Mi afición a la música siempre fue en aumento, pero ya se sabe que *Quod Natura non dat Salmantica non praestat*. Una cosa es escuchar y sentir la música y otra, muy distinta, hacerla. Lo uno no conlleva lo otro, y a pesar de los desvelos de don Jesús (por entonces don Bernardo ya había fallecido) mis torpes dedos nunca pudieron dominar cosas como el *Gradus ad Parnassum* o la Escuela de la Velocidad. Mi familia y mis vecinos, entretanto, sufrieron aún más que yo oyendo mi particular versión de El Pianista Virtuoso de Hanon. Mi vida como intérprete musical llegó a vía muerta. No así como aficionado.

Con el tiempo me convertí en universitario, y la emoción que siento al oír Impromptus o Lieder de Schubert, o tantas otras cosas interpretadas por pianistas de verdad, la sentí también – y la sigo sintiendo – cuando nuestro Coro Universitario interpreta el *Gaudeamus Igitur*. Y para mí, como para todo universitario salmanticense, el *Gaudeamus* tiene un autor. No aquellos goliardos de la Edad Media que al parecer lo compusieron; no el Brahms de la Obertura para un Festival Académico. El autor del *Gaudeamus*, aquí y ahora, es Jesús García Bernalt. Mucho tendrás que trabajar, querido Bernardo, para que hagan a tu persona esta misma atribución. El *Gaudeamus* es un símbolo; la obra de Jesús con el Coro Universitario, una espléndida realidad.

Tiempos de penuria universitaria, tiempos de universidad algo polvorienta y mortecina; tanto da. La brillantez de nuestro Coro Universitario y de su espíritu tutelar, Jesús García Bernalt ha sido un constante recordatorio, y no sólo por el *Gaudeamus*, de la alegría, de la brillantez, de ese espíritu indefinible que es la Universidad. Ahora que estamos en tiempos ciertamente mejores que aquéllos, nuestro Coro nos sigue incitando a ser mejores, a hacer cosas grandes, en fin, a aquello a lo que nos incita la música y que prescribe el mismísimo Aristóteles, en su *Política*. Y que Jesús García Bernalt, en tiempos malos, en tiempos no tan malos y en tiempos algo mejores siempre nos ha recordado.

La Universidad de Salamanca siempre tuvo una decidida vocación musical, vocación que desapareció, como tantas otras cosas, con las reformas de Pidal y de Moyano en el siglo XIX. Hoy, con la Universidad a duras penas pugnando por su nueva, casi recién estrenada, autonomía, la Universidad de Salamanca desea apostar fuertemente por la música, porque la música encuentre de nuevo su lugar como enseñanza básica en la Universidad, para que la semilla que derramó a raudales Jesús García Bernalt no se pierda y llegue a una espléndida cosecha.

En ello encontraréis, queridos amigos, en este Rector vuestro mejor colaborador. Si no hacemos más es por falta de medios. Porque en lo que a mí respecta, tengo una gran deuda contraída con Jesús García Bernalt: como adolescente rebelde y reacio a la disciplina inherente a la formación pianística, y como universitario a quien su obra siempre incitó a ser mejor y a superarse.